

—Sí, señora,—respondió Pedro con mucha sencillez.— Le volví á ver más tarde, y estaba sumamente transtornado; es preciso tenerle lástima.

No se ofendieron las dos señoras; de tal manera pronunció el presbítero estas palabras caritativas, con una emoción profunda y natural, en medio del desbordamiento de amor que habría querido esparcir sobre los seres y sobre las cosas. *Donna* Serafina permaneció inmóvil, como si afectase no haber oído siquiera, mientras que *Benedetta*, con un gesto, parecía decir que, por su parte, no tenía que dar pruebas ni de lástima ni de rencor hacia un hombre que era completamente extraño para ella. No se rió más, sin embargo, y al fin, refiriéndose al cestito, paseado en el coche de Prada, acabó por decir:

—¡Ah! ¡Esos higos! ¡Bah! Ya no tengo ganas de comerlos... y después de todo prefiero no haberlos probado.

En cuanto tomaron café se levantó *donna* Serafina, diciendo que iba á ponerse su sombrero y á marcharse al Vaticano.

Al quedarse solos *Benedetta* y Pedro entretuviéronse un momento de sobremesa, animados otra vez por su alegría y charlando como buenos amigos. El presbítero volvió á ocuparse de su audiencia de la noche y de su fiebre de impaciencia dichosa. No eran apenas las dos; tenía que esperar aún durante siete horas, ¿qué iba á hacer ó en qué emplear aquella tarde interminable? Entonces ocurriósele á *Benedetta* una buena idea.

—¿No sabéis qué hacer?—dijo.—Pues bien, puesto que todos estamos tan contentos es preciso que no nos separemos... Darío puede disponer de un coche, y como nosotros, estará ahora acabando de almorzar. Voy á enviarle un recado diciéndole que venga á buscarnos para irnos juntos á dar un gran paseo á lo largo del Tiber, lejos, muy lejos.

Empezó á palmofolear, embelesándola aquel proyecto; pero precisamente en aquel mismo momento se presentó *don* Vigilio, que parecía muy asustado.

—¿No está la princesa?—preguntó.

—No; mi tía ha salido, ¿qué es lo que os pasa?

—Que su eminencia me mandó subir... El príncipe aca-

ba de ponerse malo al levantarse de la mesa... ¡Oh! ¡A la cuenta no será nada grave!...

*Benedetta* lanzó un grito más bien de sorpresa que de inquietud.

—¡Cómo! ¿Darío? Vamos á bajar todos; venid, señor abate. Es preciso que se ponga bueno en seguida para que nos pueda llevar á paseo en coche.

En la escalera se cruzaron con *Victorina*, á la que dió orden para que bajase también.

—Darío se ha puesto malo y puede que te necesite.

Entraron los cuatro en la sala, vasta, anticuada y amueblada con mucha sencillez, en la que el príncipe acababa de pasar encerrado un mes largo, sujeto allí por su herida del hombro. Para llegar hasta allí había que atravesar antes un saloncito, y después un cuarto tocador inmediato; un corredor unía todas estas habitaciones á las íntimas del cardenal, como el comedor, el dormitorio, el despacho, todas ellas relativamente pequeñas y que habían formado en una de las antiguas salas de antes por medio de tabiques. Había además la capilla, cuya puerta daba al pasillo, sencilla y desnuda habitación, en la que se veía un altar de madera pintada, sin una alfombra ni un asiento, y nada más que el pavimento duro y frío para arrodillarse y rezar.

Al entrar, acercóse *Benedetta* al lecho en el que Darío había tendido sin desnudarse. A su lado hallábase en pie el cardenal *Boccanera*, mirándole paternalmente, y en medio de la inquietud que comenzaba á dominarle, conservaba erguida su elevada y orgullosa talla, su serenidad de alma soberana y sin ningún reproche.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes, Darío mío?

El príncipe sonrió, queriendo tranquilizarla; no estaba más que muy pálido y tenía aire de embriaguez.

—¡Oh! ¡No ha sido nada! ¡Un vahido!... Figúrate, como si hubiese bebido un poco más... De pronto lo ví todo turbio y me pareció que iba á caerme... enonces no tuve tiempo más que para venir á echarme en la cama.

Respiró con fuerza, como hombre que necesita tomar aliento. A su vez, el cardenal dió algunos detalles.

—Estábamos acabando tranquilamente de almorzar y

daba yo mis órdenes á don Vigilio para por la tarde, al mismo tiempo me disponía á levantarme de la mesa cuando ví á Darío ponerse en pie tambaleándose... No quise volver á sentarse y se vino aquí con paso vacilante de sonámbulo, abriendo las puertas con mano temblorosa... Y vinimos tras él sin comprender nada... Confieso que me devano los sesos queriendo comprender y que no acierto aún á explicármelo.

Con el gesto reveló su sorpresa y señaló la habitación en la que parecía de pronto haber soplado un viento de catástrofe. Todas las puertas habíanse quedado abiertas de par en par y se veía en hilera el tocador, después el corredor, al extremo del que se divisaba el comedor con un desorden de cuarto abandonado apresuradamente, con la mesa puesta aún, las servilletas tiradas á los lados y las sillas medio arrimadas á la mesa. Sin embargo, aun no empezaban á asustarse.

En alta voz hizo Benedetta una observación muy común en casos semejantes.

—¡Con tal que no haya comido nada que le haya hecho daño!

Con un nuevo gesto y sonriendo manifestó el cardenal cuán grande era la acostumbrada sobriedad de su mesa.

—¡Ah! No se comieron más que huevos, chuletas de cordero, un plato de ensalada de acederas, y esto no es para cargar el estómago á nadie. En cuanto á mí, no bebo más que agua pura, y Darío toma un par de dedos de vino blanco... No, no creo que el alimento que tomó tenga nada que ver con eso.

—Y además, si fuese eso, su eminencia y yo estaríamos también indispuestos,—se permitió observar don Vigilio.

Darío, que hacía un momento había cerrado los ojos, los volvió á abrir, y respirando con fuerza, hizo esfuerzos para reír.

—¡Vamos! ¡Vamos! Esto no será nada, pues me encuentro mucho mejor. Es preciso que me mueva.

—Entonces, escucha lo que habíamos pensado... vas á llevarnos á paseo en coche al señor abate y á mí y nos llevarás á la campiña, muy lejos.

—¡Con mil amores! Me gusta mucho tu idea... Victorina, ayudadme.

Se había incorporado en la cama, ayudándose trabajosamente con el brazo, y antes de que se pudiese acercar la criada tuvo una ligera convulsión y cayó otra vez como presa de un síncope. Fué el cardenal, que no se había movido de la cabecera del lecho, el que le recibió en sus brazos, mientras que la *contessina*, aquella vez, empezaba á perder la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué le vuelve á dar! Pronto... pronto... el médico.

—¿Queréis que vaya á buscarle?—preguntó Pedro, al que la escena empezaba á trastornar.

—¡No! ¡No! Vos, no; quedaos á mi lado, no os mováis... Victorina sabe las señas... El doctor Giordano, ya sabes, Victorina.

La criada se marchó; en la habitación reinó desde entonces un silencio profundo, y el estremecimiento de ansiedad fué en aumento de minuto en minuto. Benedetta, muy pálida, colocóse otra vez al lado del lecho, mientras que el cardenal, que no había soltado á Darío y seguía sosteniéndole en sus brazos, con la cabeza apoyada en el hombro, le miraba. Una sospecha horrorosa cruzó por su mente en aquel instante, pero vaga é indeterminada aun; veía aquella faz gris, terrosa, la máscara de la angustia aterrada que observara en el más querido de sus amigos del corazón, en monseñor Gallo, cuando le sostuvo de igual manera sobre su pecho dos horas antes de morir. Era el mismo síncope, la misma sensación de que no estrechaba más que el cuerpo frío de un sér amado, cuyo corazón se detenía; era, sobre todo, el pensamiento creciente del veneno, venido de la sombra, hiriendo en ésta y á su alrededor como el rayo. Durante largo rato permaneció inclinado de este modo sobre el rostro de su sobrino, último de su raza, buscando, estudiando, encontrando los indicios de un mal misterioso é implacable que se había llevado ya la mitad de su propio sér.

Benedetta en voz baja le suplicó:

—Os vais á cansar, tío... Os lo ruego... dejadme á mí que le sostenga un poco. No tengáis miedo, le sostendré con mucho cuidado, y cuando comprenda que soy yo tal vez se despertará.

Levantó Boccanera la cabeza, la miró un momento y la

cedió su sitio, no sin haberla antes estrechado y besado con arranque, llenándosele los ojos de lágrimas al hacerlo; revelándose así toda una brusca emoción, en la que la adoración que tenía por ella fundía la rígida frialdad que de costumbre afectaba.

—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo!—balbuceó con un temblor de encina descuajada.

En seguida se dominó, se reaccionó recobrando el imperio sobre sí mismo. Y mientras que Pedro y don Vigilio, inmóviles y mudos y esperando á poder ser útiles para algo, desesperándose el no servir para nada en aquellos momentos, el cardenal empezó á pasear lentamente por la habitación. Sin duda ésta le pareció pequeña para los pensamientos que le asediaban y al principio salió llegando hasta el cuarto tocador y luego enfiló el pasillo para ir hasta el comedor. Y de este modo iba siempre y volvía con la cabeza inclinada, serio, impasible, sumido en las mismas sombrías cavilaciones. ¿Qué mundo de reflexiones se agitaba en el cráneo de aquel creyente, de aquel príncipe altanero que se había entregado á Dios y que no podía nada contra el Destino inevitable? De vez en cuando acercábase al lecho para cerciorarse de los progresos de la enfermedad, examinando en el rostro de Darío el estado en que se hallaba la crisis y en seguida reanudaba sus paseos con el mismo paso regular, desapareciendo y apareciendo como arrastrado por la monotonía de las fuerzas que el hombre no puede detener. Tal vez se equivocaba, quizás no se trataba más que de una ligera indisposición de la que el médico se reíría. Era necesario esperar y confiar. Y se marchaba y volvía; y nada, en medio de aquel silencio pesado, podía sonar más aniosamente que los pasos acompasados de aquel viejo de elevada estatura que esperaba al Destino.

Abrióse la puerta y Victorina entró jadeante en la habitación.

—He encontrado al médico,—dijo,—y aquí está.

Presentóse el doctor Giordano con su aire sonriente, su cabecita sonrosada con bucles blancos, con su persona discretamente paternal, todo lo que le daba un aspecto de amable prelado. Pero en cuanto olfateó la habitación, vió los rostros desolados de los que le estaban esperando, se

puso mucho más grave y tomó la actitud reservada, el absoluto respeto del secreto eclesiástico que le había comunicado su cientela de la Iglesia. Y no dejó escapar más que muy pocas palabras, apenas murmuradas, cuando dirigió una mirada al enfermo.

—¡Cómo! ¿Otra vez empieza esto?

Hacía sin duda alusión á la puñalada que había curado poco tiempo antes; ¿quién era el que de ese modo se encarnizaba con aquel pobre príncipe tan inofensivo y poco molesto? Nadie podía comprenderlo si no era Benedetta; pero ésta se hallaba en un estado tal, dominábase una fiebre tan grande de impaciencia, ardiendo en deseos de ser tranquilizada, que ni escuchaba ni oía, no haciendo más que suplicar.

—¡Oh! ¡Por Dios, doctor, examínadle, vedle y decidnos pronto que eso no es nada... y no puede ser otra cosa, porque estaba muy bueno y muy alegre hace un momento... No es nada... ¿no es verdad que no es nada?

—Sin duda, *contessina*, que la cosa no valdrá la pena... Ahora vamos á verlo.

Se volvió y se inclinó profundamente ante el cardenal que volvía desde el fondo del comedor con un paso mesurado y pensativo, á colocarse á la cabecera del lecho en la que quedó inmóvil. Sin duda el médico leyó en aquellos ojos sombríos, que le miraban con tenaz insistencia, alguna mortal inquietud, porque sin decir ni una palabra más, se puso á examinar á Darío como hombre que comprende que no debe perderse el tiempo. Y, á medida que adelantaba en su examen, su rostro de afable optimismo iba adquiriendo una gravedad lívida, un terror sordo, que se revelaba únicamente en un ligero temblor de labios. Era él precisamente quien había asistido á monseñor Gallo en el ataque de que éste falleció, un acceso de fiebre infecciosa como diagnóstico en la partida de defunción. Sin duda reconocía los mismos síntomas terribles, la cara de color de plomo, el alelamiento de una pesada embriaguez, y como antiguo médico romano, avezado á las muertes repentinas, sentía pasar el mal aire que mata, que la ciencia no comprendió aún bien, y no sabe si es la pútrida exhalación del Tíber ó el secular veneno de la leyenda.

Levantó otra vez la cabeza y su mirada se cruzó una

vez más con la insistente mirada del cardenal que no la separaba de él.

—Confío, señor Giordano, en que no estaréis muy inquieto. No se trata más que de una mala digestión, ¿no es verdad?

El médico se inclinó por segunda vez. En el ligero temblor de la voz del cardenal, adivinó la cruel ansiedad de aquel hombre poderoso, herido otra vez en la más querida afección de su corazón.

—Vuestra eminencia debe tener razón, se tratará de una mala digestión; sólo que, á veces, suelen estos accidentes ser peligrosos cuando se complican con la fiebre... Creo que no necesito decir á su eminencia hasta qué punto se puede confiar con mi prudencia y con mi celo.

Se calló un momento para añadir en seguida con su voz clara de hombre práctico en su profesión:

—No hay que perder tiempo, conviene desnudar al príncipe y obrar sin perder ni un momento. Que me dejen un momento solo; lo prefiero.

No obstante esto, hizo que se quedase á su lado Victorina diciendo que tal vez la necesitaría, y que si necesitaba otro ayudante llamaría á Giacomo. Evidentemente su deseo era el de alejar á la familia para estar más libre y no tener delante testigos engorrosos. Y el cardenal, que lo comprendió, se apoderó con dulzura de Benedetta para llevársela él mismo del brazo hasta el comedor, á donde les siguieron Pedro y don Vigilio.

Cuando se cerraron todas las puertas, reinó el más pesado y triste de los silencios en aquel comedor que el claro sol de invierno iluminaba con una luz y una temperatura deliciosas. La mesa continuaba aún sin quitar, con los cubiertos y platos abandonados, el mantel lleno de migajas, una taza de café medio llena aún y en el centro el cestito de los higos del que habían apartado las hojas, pero sin sacar más que dos ó tres. Delante de la ventana estaba Tata, la cotorna, á la que habían sacado de la jaula y se paseaba admirada y satisfecha, atravesando un gran haz de rayos amarillos en los que danzaban las moléculas de polvo. Había sin embargo dejado de chillar y de alisarse las plumas de las alas con el pico, chocándola ver entrar tanta gente, y mostrándose muy prudente volvía á

medias la cabeza, para mejor estudiarlos á todos con su ojo redondo y escrutador.

Pasaron unos minutos interminables en la espera febril de lo que iba á suceder en el fondo de la habitación inmediata. Don Vigilio se sentó silenciosamente y aparte de los demás, mientras que Benedetta y Pedro en pie callábase también, permaneciendo inmóviles. Y el cardenal había reanudado su paseo sin fin, aquel pateamiento instintivo y adormecedor, con el que parecía quería engañar su impaciencia, llegar más pronto á la explicación que buscaba de una manera oscura en medio de una desencadenada tempestad de ideas. Mientras que su paseo acompasado sonaba con una regularidad maquina, desarrollábase en su ánimo un furor sombrío, una desesperada rebusca del por qué y del cómo, una confusión extraordinaria de los movimientos más extremos y contrarios; pero ya en dos ocasiones distintas, al pasar, habíase fijado su mirada en el desorden de la mesa, como si buscase alguna cosa.

¿Sería aquel café no concluído? ¿Aquel pan cuyas migajas cubrían aún la mesa? ¿Las chuletilas de cordero de las que quedaba un hueso? Por último, en el momento en que pasaba contemplándolo todo, sus miradas se fijaron en el cestito de higos y se detuvo en seco como si hubiera tenido una revelación repentina. La idea le sobrecogió, se apoderó de él sin saber á qué prueba apelar para que la sospecha repentina se convirtiese en certidumbre. Durante un momento permaneció así, con los ojos fijos en el cestito de higos, combatido por esas ideas y sin encontrar la solución. Al fin, cogió un higo y se lo acercó como para examinarlo mejor; no tenía nada de particular y se disponía á dejarlo con los demás, cuando Tata, la cotorna, á la que la gustaban mucho, lanzó un chillido estridente. Aquello fué como una iluminación; la experiencia que buscaba se le ofrecía.

Lentamente, con su aire serio, con el rostro envuelto en sombra, entregó el cardenal el higo á la cotorna y lo hizo sin una vacilación ni un pesar. Era un lindo animalejo, el único al que había tomado apasionado cariño. Alargando el esbelto cuerpo cuyo plumaje ceniciento verdoso, lustroso como la seda se tornasolaba con los reflejos rosados

á la luz, cogió con mucha monada el higo con la patita y después lo hendió con un picotazo; pero cuando lo revolvió apenas comió un poco y dejó caer la piel con casi todo lo que contenía. El cardenal, siempre grave é impasible, miraba y esperaba. La espera fué de tres largos minutos. Por un momento se tranquilizó, rascó la cabecita á la cotorra que muy mansa se dejó acariciar, volviéndose y fijando en su amo su ojillo rojo, que tenía el vivo centelleo del rubí. De pronto se echó hacia atrás y cayó sin dar siquiera ni un solo aleteo; Tata había muerto, pero en el acto.

No hizo Boccanera más que un gesto, con las dos manos al aire, levantadas al cielo con el espanto producido por lo que al fin había descubierto. ¡Gran Dios! ¡Semejante crimen! ¡Una equivocación tan atroz! ¡Un juego tan abominable del Destino! No se le escapó ningún grito de dolor, y la sombra de su rostro volvióse negra y hurafia.

Oyóse, sin embargo, un grito, un grito estridente de Benedetta que, lo mismo que Pedro y don Vigilio, había desde el principio seguido el acto del cardenal con una curiosidad, con un asombro que en seguida se trocaron en terror.

—¡Veneno! ¡Veneno! ¡Ah! ¡Darío de mi alma! Darío mío! ¡Corazón mío!

Pero el cardenal asió violentamente de la muñeca á su sobrina, dirigiendo una mirada oblicua á los dos humildes presbíteros, á su secretario y al extranjero, que habían presenciado la escena.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Se desprendió con una sacudida, rebelándose á impulsos de la cólera y del odio.

—¿Y por qué me he de callar? Es Prada el que ha dado el golpe y le delataré, porque quiero que también muera. Os digo que es Prada, lo sé muy bien por el señor Froment que volvió ayer de Frascati en un coche con ese cura Santobono y ese cesto de higos... Sí, tengo testigos, ha sido Prada. ¡Ha sido Prada!

—¡No! ¡No! ¡Cállate que estás loca!

Había vuelto á coger las manos de la joven, á la que trataba de dominar con toda su autoridad soberana. Sabiendo la influencia decisiva que el cardenal Sanguinetti ejercía sobre el exaltado cerebro de Santobono, se explica-

ba la aventura, no por una complicidad directa, sino con un empuje sordo, semejante al del animal al que se le excita y al que luego se deja suelto para que se arroje sobre el rival que le estorba, á la hora en que el solio pontificio iba á quedar vacante. La probabilidad, la certidumbre de todo esto saltó bruscamente á sus ojos sin que fuese necesidad de explicárselo todo, á pesar de las lagunas y de las obscuridades. Y esto era porque comprendía que debía ser así.

—¡No! ¡Oyemel! Te digo que no es Prada... Ese hombre no tenía ningún motivo para odiarme, y era á mí á quien trataban de herir... á mí á quien regalaron esas frutas... Vamos, reflexiona... Ha sido preciso que mediase una indisposición repentina para impedirme que comiese la parte mayor y mejor, y mientras que mi pobre Darío los paladeaba solo, hacíale yo broma diciéndole que me guardase los mejores para mañana. Esa cosa tan abominable era para mí y él fué la víctima, ¡oh! ¡Señor! ¡de la más feroz casualidad, de la más monstruosa tontería de la suertel! ¡Señor! ¡Señor! ¡Nos habéis abandonado!

Las lágrimas empañaban los ojos del cardenal, mientras que Benedetta, estremecida, no parecía haberse convencido aún.

—Pero, tío, si vos no tenéis ningún enemigo, ¿cómo queréis que ese Santobono atente á vuestra vida?

Durante un momento se quedó silencioso sin encontrar una respuesta suficiente. La voluntad de guardar silencio habíase formado en él con una grandeza suprema. Acudió luego á su memoria un recuerdo y se resignó á decir una mentira.

—Santobono no ha tenido nunca cabal el juicio, y sé que me odia desde que me negué á influir para que un hermano suyo saliese de la cárcel... Quería que á ese hermano suyo, antiguo jardinero nuestro, le diese yo un certificado que por cierto no merecía... Por lo general, muchos odios mortales no suelen tener causas mucho más graves. A la cuenta ha creído que debía vengarse de mí.

Quebrantada é incapaz de discutir más, dejóse Benedetta caer en una silla, haciendo un gesto de desesperado abandono.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! No sé... ¿y después qué

me importa ahora que mi Darío está así? No hay más que una cosa... es preciso salvarle... quiero que le salven... qué largo es lo que están haciendo en su habitación, ¿por qué no viene Victorina á buscarnos?

El silencio empezó otra vez, pero un silencio de esos que anonadan. El cardenal, sin decir ni una palabra cogió el cestillo de los higos y lo llevó á un armario que cerró dando dos veces la vuelta á la llave, guardándose después ésta en el bolsillo. Sin duda, pensaba ir, en cuanto se hiciese de noche á arrojarlos él mismo al Tíber; más en el momento en que se separaba del armario se fijó su mirada en los dos presbíteros que se habían enterado forzosamente de todo lo que hiciera, y les dijo con un acento grande por su misma sencillez:

—Creo señores, que no necesito recomendaros seáis discretos... Hay escándalos que á todo trance debemos evitarlos á la Iglesia, la que no es, no puede ser culpable... Entregar á uno de los nuestros, aun siendo culpable, á un tribunal civil, es con mucha frecuencia herir á la Iglesia entera, cuando las malas pasiones se apoderan del asunto para hacer recaer en ella la responsabilidad del crimen. No tenemos que hacer más que entregar al criminal en manos de Dios que sabrá castigar mejor y con más seguridad. ¡Ah! ¡Por mi parte y á pesar de haber sido herido en mi persona ó en mi familia y en mis afecciones más caras, declaro, en nombre de Cristo que murió en la cruz, que no siento ni cólera ni deseo de venganza, y que borro de mi memoria el nombre del asesino, proponiéndome ocultar su abominable acción en el eterno silencio de la tumba.

Y su elevada estatura parecía haber crecido mientras que, con la mano levantada, con un gesto elocuente, pronunciaba ese juramento, ese abandono de sus enemigos á la justicia única de Dios; porque no era sólo de Santobono de quien quería hablar, sino también del cardenal Sanguinetti, cuya nefasta influencia había adivinado. Y en el heroísmo de su orgullo una angustia infinita, un sufrimiento trágico le trastornaba al pensar en la lucha sombría que estallaba alrededor de la tierra, en todo lo malo y voraz que se agitaba en el fondo de las tinieblas.

Después, cuando Pedro y don Vigilio se inclinaban para

darle su palabra de que se callarían, apoderóse de él una emoción invencible que le ahogaba; el sollozo de enternecimiento que trataba de dominar subió á pesar suyo á su garganta mientras que balbuceaba:

—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo mío! ¡Ah! El único vástago de nuestra raza, el único varón, mi solo cariño y la única esperanza de mi corazón, morir así!

Dejándose arrastrar por la violencia púsose Benedetta en pie.

—¡Morir! ¿Quién? ¿Darío? ¡No quiero que muera! Vamos á cuidarle, volveremos á su lado, le cogemos entre nuestros brazos y le salvaremos... Venid, tío, venid pronto... ¡no, no quiero que se muera!

Se acercó á la puerta y nada la habría impedido entrar en la otra habitación cuando precisamente en aquel mismo momento salía de ella Victorina con aire extraviado y habiendo perdido todo su valor no obstante su hermosa serenidad acostumbrada.

—El médico, —dijo, — ruega á su eminencia y á la señora que vayan en seguida... en seguida...

Herido por el estupor que todas aquellas cosas le producían no les siguió Pedro quedándose un momento atrás con don Vigilio en el soleado comedor. ¡Y qué! El veneno... el tósigo, lo mismo que en tiempo de los Borgias, disimulado elegantemente, servido en unas frutas por un traidor tenebroso al que ni siquiera se atrevían á entregar á los tribunales! Y recordaba la conversación sostenida al regresar de Frascati, su excepticismo de parisién respecto á las drogas legendarias que sólo admitía en el quinto acto de un drama romántico. Y eran verdaderas aquellas historias abominables, los ramos de flores y los cuchillos emponzoñados, los prelados y hasta los papas engorrosos á los que se suprimía llevándoles el chocolate por la mañana; porque ese Santobono, apasionado y trágico, era realmente un envenenador; pues no podía dudarle al recordar todos los detalles de la jornada de la víspera iluminados por sombrío resplandor; recordaba las palabras de ambición y de amenaza que había sorprendido en casa del cardenal Sanguinetti, la prisa para obrar ante la muerte probable del papa reinante, la ingestión al crimen en nombre de la salvación de la Iglesia, después ese cura en-

contrado en el camino con su cestillo de higos, este cestito paseado durante el crepúsculo por la melancólica campiña romana, prolongadamente, devotamente sobre las rodillas del presbítero, ese cestito cuyo recuerdo le perseguía á la sazón como una pesadilla, como lo vería en adelante á todas horas estremeciéndose sin olvidar la forma, el color y el olor. ¡El veneno! ¡El veneno! ¡Era, sin embargo, verdad, existía, circulaba aún entre la sombra del mundo negro en medio de los ásperos apetitos de la conquista y la dominación!

Y de una manera repentina presentóse á la memoria de Pedro la figura de Prada. Poco antes, cuando Benedetta le había acusado con harta violencia, estuvo á punto de salir en defensa del ausente para revelar esa historia del veneno de que se había enterado y el punto de donde salió el cestito y la mano que lo ofreció. Una reflexión, empero, le dejó helado; si Prada no cometió el crimen, lo dejó cometer. Un recuerdo, agudo como un puñal, se le clavó; el de la pollita negra, en medio de la decoración poco agradable de la hostería; sí, el de aquel pobre animalito muerto en el acto bajo el cobertizo, con el hilillo de sangre violácea que le manaba del pico. Y allí, en el comedor, caída al pie de su cimbel, yacía lo mismo la cotorra Tata, blanducha, lacia y con el corvo pico manchado por una gota de sangre. ¿Por qué mintió Prada al contar que había habido una pelea? Era toda una complicación de pasiones y de luchas obscuras y en las tinieblas, entre las cuales comprendía Pedro que se le iba el pie; del mismo modo no sabía cómo reconstituir el tremendo combate que había debido librarse en el cerebro de aquel hombre durante la noche del baile. No podía verle á su lado, ni evocarle durante su regreso matinal al palacio Bocconera sin estremecerse, adivinando sordamente todo lo espantoso que se había decidido ante aquella puerta. Aparte de todo, á pesar de las obscuridades y de las imposibilidades, que todo aquello fuese contra el cardenal, ó mejor con la esperanza de que una flecha perdida le vengase, á la casualidad, el hecho terrible estaba allí latente: Prada sabía; Prada habría podido detener al Destino su marcha, y no obstante, dejó que el Destino siguiese su ciega tarea de muerte.

Al volver la cabeza vió Pedro á don Vigilio sentado aparte, en el mismo sitio del que no se había movido. El secretario estaba tan lívido, tan trastornado, que se figuró que también estaría enfermo.

—¿No os encontráis bien?—preguntó Pedro.

Al principio parecía que el secretario no podía responder, de tal manera el terror anudaba su garganta. Después con voz muy baja, dijo:

—No, no he comido. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que he tenido grandes deseos de hacerlo y que sólo la deferencia me contuvo al ver que su eminencia no los comía!

Un ligero temblor hizo estremecer todo su cuerpo al ocurrírsele el pensamiento de que sólo su humildad le había salvado. Y en sus manos, lo mismo que en su rostro, conservaba el frío de la muerte vecina de la que sintiera el aleteo.

En dos ocasiones acabó por suspirar, mientras que con un gesto, hacía como para apartar la horrorosa cosa, murmurando:

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

Pedro muy conmovido, y sabiendo además lo que pensaba del caudatario, quiso saber más.

—¿Cómo! ¿Qué queréis decir? ¿Es que le acusáis? ¿Creéis que le han impulsado á obrar y que en suma son ellos?

No se pronunció para nada el nombre de los jesuitas, pero la gran sombra negra pasó por el alegre sol del comedor, que por un momento dijérase llenó de tinieblas.

—¿Ellos? ¡Ah! ¡Sí!—exclamó don Vigilio.—¡Ellos están en todas partes! ¡Son siempre ellos! En cuanto se llora ó se muere, allí están, son ellos á pesar de todo y por todo. Y en esta lucha debía haber muerto yo, y me choca haber quedado para contarlo.

Luego, lanzó otra vez su sorda queja de temor, de exaceración y de cólera.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

Y se calló, negándose á responder nada más, dirigiendo miradas de azoramiento á los muros de la sala, como si fuese ver salir de ellos al caudatario con su rostro arrugado y rescolorido de solterona, su tropecillo silencioso de

rafa roedora, sus manos de misterio y de invasión que habían ido al oficio á coger el olvidado cestito de higos para llevarlo á la mesa de su eminencia.

Decidieronse ambos entonces á volver al cuarto de Darío, en el que quizás tenían necesidad de ellos, y al entrar quedóse Pedro sobrecogido ante el conmovedor espectáculo que se ofreció á sus ojos. Hacía una hora que el doctor Giordano, sospechando la existencia de un veneno, estaba empleando los remedios usuales en casos semejantes, vomitivos y después la magnesia, acababa de dar orden á Victorina para que batiese claras de huevo; pero el mal iba empeorando con aterradora rapidez y á la sazón todo socorro era inútil. Desnudo, echado boca arriba y con el busto sostenido por almohadas, estaba Darío horroroso con esa especie de embriaguez ansiosa que caracterizaba á aquel mal misterioso é inexorable al que habían sucumbido monseñor Gallo y tantos otros. Parecía estaba acometido del vértigo del estupor; sus ojos hundíanse más y más en el fondo de las negras órbitas, mientras que el rostro entero se descomponía, se desecaba, envejeciendo á la vista, invadido por una sombra gris de color de tierra.

Desde hacía un momento, que abrumado por el mal, cerró los ojos, y no tenía de viviente más que los suspiros oprimidos, penosos y prolongados que levantaban su pecho. Y en pie, inclinada sobre su pobre rostro de agonizante, hallábase Benedetta, sufriendo con su sufrimiento, dominada por un dolor talmente impotente, que estaba ella misma desconocida y tan pálida, tan trastornada por la angustia, como si fuese presa ya también de la muerte poco á poco y al mismo tiempo que él.

En el hueco de la ventana, el cardenal Boccanera cambiaba algunas palabras con el doctor Giordano, al que había hecho siguiere hasta allí.

—¿Está perdido, no es verdad?

El médico, muy trastornado también, hizo un gesto de desesperación, declarándose vencido.

—¡Ay! ¡Sí! Debo prevenir á su eminencia que antes de una hora todo habrá concluído.

A estas palabras siguió un corto silencio.

—Decídme, ¿no es la misma enfermedad de monseñor Gallo?

Y como el médico no respondiese, temblase y volviese los ojos, añadió:

—En fin, una fiebre infecciosa, ¿no es eso?

Giordano comprendió perfectamente lo que también le pedía el cardenal; era el silencio, el crimen olvidado para siempre para evitar que sufriese el buen nombre de su madre la Iglesia. Y no había nada más grande ni de una grandeza trágica más elevada, que aquel anciano de setenta años, tan erguido y de tan soberano aspecto aunque, no quería que su familia espiritual pudiese sufrir y que no consentía tampoco que arrastrasen á su familia humana por entre las inevitables mancillas de un proceso de fama. ¡No! ¡No! ¡El silencio eterno en el que todo se olvida y reposa para siempre!

Con su aire de amabilidad y de discreción clerical el doctor se inclinó.

—Es indudable,—dijo,—que como dice muy bien vuestra eminencia se trata de una fiebre infecciosa.

Dos gruesas lágrimas aparecieron entonces en los ojos de Boccanera. A la sazón, y después de haber puesto á Dios al abrigo, su humanidad sangraba de nuevo. Suplicó al médico que intentase el último esfuerzo, el supremo, que probase lo imposible, pero aquel meneaba la cabeza señalando al enfermo con sus pobres manos temblorosas. Ni aun tratándose de su padre ni de su madre habría podido hacer nada porque la muerte estaba allí. ¿A qué cansarse torturando á un moribundo al que no habría hecho más que aumentar los dolores y sufrimientos? Y como quiera que ante la próxima catástrofe se acordase de su hermana Serafina y se desesperase pensando que ésta no podía besar por última vez á su sobrino si se entretenía mucho en el Vaticano, en el que debía hallarse entonces, el médico se ofreció á ir á buscarla en su coche que le estaba esperando. Era cuestión de veinte minutos y podría volver en seguida por si en los postreros momentos tenían necesidad de él.

Al quedarse solo en el hueco de la ventana el cardenal permaneció allí, inmóvil, un momento aun. A través de la ventana, y con los ojos empañados por las lágrimas,